



jack d. hunter

UNO

DE NOSOTROS
TRABAJA PARA

ELLOS



Annotation

De día, Kraft trabajaba como oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército; por la noche, informaba acerca de los triunfos y fracasos de su servicio. Una noche, Kraft presenta un informe alarmante: en las filas del Ejército se ha infiltrado un peligroso traidor, cuyas revelaciones al enemigo han hecho fracasar media docena de misiones vitales. Kraft recibe el encargo de descubrirle. Pero su misión oculta es encontrar una cabeza de turco a quien hacer pasar por el traidor. El plan de Kraft requiere la colaboración de una persona ajena al Servicio: un agente sin escrúpulos y buen observador, cuyas pruebas contra el falso culpable no puedan ser discutidas. ¿Será Wolfram Stark, rudo y cínico profesional de bien probadas habilidades, la persona adecuada para ello? Pero, ¿seguirá Stark sus órdenes? ¿O tiene planes y órdenes propios? Apremiado por el tiempo, Kraft somete a Stark a una prueba. A una prueba que puede costarle la vida.

JACK D. HUNTER

Uno de nosotros trabaja para ellos

Traducción de J. Ferrer Aleu

PLAZA & JANES

Sinopsis

De día, Kraft trabajaba como oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército; por la noche, informaba acerca de los triunfos y fracasos de su servicio. Una noche, Kraft presenta un informe alarmante: en las filas del Ejército se ha infiltrado un peligroso traidor, cuyas revelaciones al enemigo han hecho fracasar media docena de misiones vitales. Kraft recibe el encargo de descubrirle. Pero su misión oculta es encontrar una cabeza de turco a quien hacer pasar por el traidor. El plan de Kraft requiere la colaboración de una persona ajena al Servicio: un agente sin escrúpulos y buen observador, cuyas pruebas contra el falso culpable no puedan ser discutidas. ¿Será Wolfram Stark, rudo y cínico profesional de bien probadas habilidades, la persona adecuada para ello? Pero, ¿seguirá Stark sus órdenes? ¿O tiene planes y órdenes propios? Apremiado por el tiempo, Kraft somete a Stark a una prueba. A una prueba que puede costarle la vida.

Título Original: *ONE OF US WORKS FOR THEM*

Traductor: Ferrer Aleu, J.

Autor: Hunter, Jack D.

©1969, PLAZA & JANES

ISBN: 9788401433894

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 19/03/2019

Jack D. Hunter

Uno de nosotros trabaja para ellos

TÍTULO original:

ONE OF US WORKS FOR THEM

Traducción de

J. FERRER ALEU

Primera edición: Enero, 1969

© Jack D. Hunter

© 1969, PLAZA & JANES, S. A., Editores

Depósito legal: B. 41488-1968

ISBN-13: 978-8401433894

*Dedico este libro a Peter Prescott y
Lurton Blassingame: un par de
verdaderos equilibristas.*

NOTA DEL AUTOR

LOS PERSONAJES de esta novela son totalmente imaginarios, y los nombres (salvo los de algunas personas conocidas que se mencionan esporádicamente en el diálogo) no pretenden designar en modo alguno a personas existentes en la actualidad o en el pasado.

En cambio, el autor hace constar su sincero agradecimiento por el asesoramiento que le prestaron algunos oficiales y miembros del Ejército de los Estados Unidos en Europa, durante sus búsquedas por Heidelberg y sus alrededores. A este respecto, es inevitable que ciertos agentes de Potencias que intrigan contra los Estados Unidos lean esta narración con la rutinaria esperanza de encontrar indicios o involuntarios retazos de información que les sirvan para sus planes. Sólo les diré unas breves palabras:

Nada encontraréis, hurones.

J. D. H.

*Woodside Hills
Wilmington, Delaware
Febrero de 1967.*

CAPÍTULO PRIMERO

CAÍA una lluvia helada venida del Odenwald, que había convertido el crepúsculo en una inmensa sabana neutra y gris, llenando las calles de siseos y haciendo apresurarse a la multitud que, caminando pegada a los melancólicos edificios de la ciudad, regresaba al refugio del hogar. Heidelberg es un lugar delicioso cuando el tiempo es bueno; pero dadle un chaparrón de verano al anochecer, y será casi tan agradable como un poblado minero del oeste de Virginia en una pegajosa mañana de Año Nuevo.

Introduje el «VW» en un hueco del rincón más apartado de la plaza de aparcamiento municipal, me abroché el impermeable hasta el cuello y me metí, pestañeando, en el torbellino de espuma batida por el viento. El contador se tragó con un chasquido mi moneda de diez pfennigs, y — protegido de este modo contra cualquier inspección tardía de las infatigables patrullas de tráfico— me encaminé, esquivando los charcos, hacia el arquitectónico pie del rasca-cielos «Mengler»

El vestíbulo, como de costumbre, era una caverna desierta, todo cristales y aluminio, empapada de un acentuado olor a yeso reciente, a pintura fresca y a dinero. Flanquéé el rocoso jardín que había frente a la entrada del ascensor y, después de apretar el correspondiente botón, permanecí escuchando el eléctrico zumbido del aparato y dirigiendo especulativas miradas a una planta que crecía en una maceta y que debía de haber costado el equivalente de tres mensualidades de mi sueldo. Por fin, con un susurro, se abrieron las puertas y entré en el ascensor, lanzando a la planta una última y fría mirada, para darle a entender lo poco que me había impresionado.

Me apeé en el tercer piso y crucé el pasillo hasta una puerta de color turquesa y placa de metal que decía, en elegantes caracteres, que aquél era el consultorio del doctor Ludwig Zimmermann, psiquiatra, visitas sólo a horas convenidas. Empujé la puerta, me sacudí la lluvia del sombrero y me incliné ante una robusta rubia de uniforme blanco, sentada detrás de una mesa en forma de riñón.

—Buenas tardes, Fräulein Kirstl. Creo que el doctor me está esperando.

—Llega usted con retraso, capitán Kraft.

Su alemán era parsimonioso, y, mientras hablaba, dirigió una mirada de reproche al charquito que yo estaba formando en el amarillo y pulido suelo.

—Sólo tres minutos. ¿Me está esperando?

—Puede usted pasar —asintió condescendiente—. Le he dado ya su ficha.

—Buena chica. No habrá echado un vistazo, ¿eh?

Ella movió la cabeza y entornó los párpados. A Fräulein Kirstl no sólo le disgustaba mi charquito, sino también mi persona.

—Sólo el Doctor puede examinar el historial de los pacientes —dijo, pronunciando Doctor con mayúscula, tal como suelen hacer todas las enfermeras.

—Me alegro. Soy un maníaco sexual, y, por esto, mis conversaciones con el Doctor suelen ser un poco escabrosas.

—El Doctor le está *esperando*, capitán Kraft.

El Doctor estaba esperando detrás de un ejemplar de *Zing*, cuya llamativa portada ostentaba una llamativa pelirroja en un llamativo bikini. Dejó la revista, me miró de soslayo a través de los lentes y apretó el borde de su mesa. El armario librería del rincón se abrió hacia fuera y, sin decir palabra a Zimmermann, entré en la estancia secreta, que parecía inspirada en Mary Roberts Rinehart.

Von Zander estaba llenando su pipa, y enseguida me di cuenta de que no le complacía mi visita.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Por qué ha venido aquí? —masculló, en su inglés de extraño acento.

—Mucho gusto en saludarle, Herr Von Zander.

—No se haga el gracioso, Kraft. Ya le he dicho que es peligroso que venga aquí fuera de sus consultas regulares con el doctor.

—Estamos en un negocio peligroso. ¿Qué importa un riesgo más?

Von Zander era uno de esos hombres que parecen más voluminosos de lo que son en realidad. Su cabeza era grande y tosca, un poco inclinada hacia delante en relación a su eje vertical, como doblada bajo el peso de su mata de pelo negro salpicado de gris, y sus hombros eran demasiado anchos y robustos para su cintura de bailarín y sus cortas piernas. Lo mismo que su oficio, el cuerpo de Von Zander estaba fuera de lo normal, y confieso que no me inspiraba simpatía.

—Siéntese —ordenó— y sea breve.

Me senté, disponiéndome a ser breve.

—El CIC se ha enterado de la filtración —dije con suavidad.

Von Zander dejó de observar la pipa y me miró con una mezcla de sorpresa y de contrariedad, lo que en cierto modo me complugo.

—¿Sí?

—Así es.

Se sacudió unas briznas de tabaco del pantalón, y los grandes gemelos de sus puños brillaron bajo la luz de la lámpara de encima de la mesa.

—Bueno —dijo, y sus ojos vacunos eran, una vez más, inexpresivos y opacos—, supongo que algún día tenía que ocurrir. ¿Cómo lo supo usted?

Miré aquellos ojos, que con tanta presteza habían recobrado su impassibilidad habitual, y por un instante me pregunté quién era Van Zander en realidad, de dónde venía y —en un chispazo de animadversión personal— cómo ha-

bía llegado, con los años, a una posición que le permitía tenerme por completo bajo su dominio. En aquel breve momento de autocrítica, reconocí lo muy cansado que estaba de Von Zander y de la innumerable serie de Von Zanders que gobernaban mi vida y que, probablemente, presidirían mi entierro. ¿Estaban todos los hombres —me pregunté en aquella fracción de segundo— tan hartos como yo de jefes y de órdenes, que venían de lejos y de arriba..., siempre de arriba?

—Coogan —le respondí—. Me ha ordenado que descubra y ataje la filtración.

Von Zander se colocó la pipa en una comisura de su boca y, acercando una chispeante cerilla a la cazoleta, expelió un nubarrón de cúmulos.

—Menos mal —masculló—. ¿Y qué piensa usted hacer? Me encogí de hombros.

—Como usted dice, ha sido una suerte que me encargara a mí el trabajo. Esto me permite controlar bastante la situación. Es decir, hasta cierto punto. Pero, de momento, es difícil decir lo que puedo hacer para proteger nuestros intereses.

—A mí me parece que está bastante claro —dijo Von Zander, con su voz de barítono—. Tiene que encontrar un chivo expiatorio. Alguien a quien pueda señalar con el dedo. Alguien que cargue con el mochuelo, de modo que nosotros podamos trabajar en paz.

—¡Diablos! —exclamé, sintiendo una punzada de irritación—. Esto ya lo sabía. Lo que quise decir es que aún no sé cómo lo haré.

Von Zander examinó su pipa y golpeó prudentemente las ascuas.

—¿Cómo pinta actualmente la organización del CIC?

—No ha cambiado mucho desde que empezamos nuestro pequeño juego. —Fácilmente podía yo adivinar adónde quería ir, puesto que sabía perfectamente cómo estaba organizado el Cuerpo de Contraespionaje del Ejército

de los Estados Unidos. Pero le hice la pregunta que esperaba—: ¿Por qué?

—¿Quién es vulnerable? —murmuró—. Quiero decir, como chivo expiatorio.

Esta vez pensé durante un rato, tácitamente autorizado para ello por los ruiditos que él hacía al chupar su pipa.

—Todo el mundo —dije al fin— tiene algo en su vida que no quisiera ver publicado en el *Daily News* de Nueva York. Pero tenemos que habérmolas con unas cuarenta personas que han sido investigadas desde hace tiempo una y otra vez. Desde el punto de vista del patriotismo, son ciudadanos íntegros. Desde nuestro punto de vista, no tienen ninguna pega..., al menos que yo haya podido comprobar hasta ahora.

La boca de Von Zander se torció en una sardónica sonrisa gatuna.

—Entonces —murmuró—, tendrá que descubrir alguna debilidad oculta, ¿eh?

Crucé las piernas, para disimular el irritado e involuntario cierre de mis puños. Es curioso cómo el más indirecto recordatorio del asunto de Lois Burns puede incordiar me hasta tal punto.

—Vamos, Von Zander. Yo he intentado ya esto. Incluso me puse a mí mismo como cebo.

Me miró con su aire prusiano.

—¿Se refiere a su tentativa de explotar a la Bums?

—¿A. qué otra cosa podría referirme? —dije, esforzándome en dar a mi voz un tono indiferente.

—¡Bah! En este caso, fue demasiado sutil. Tan sutil, que la oposición no logró sacar nada en claro. ¿Cómo podían exprimirle por algo que ni siquiera sabían lo que era?

—La cosa no es tan simple, amigo mío. Tal vez ella es un poco fantástica y autoritaria en ciertos aspectos, pero, en el fondo, es una buena mujer y, a su extraña manera, fiel a su esposo. —Vacilé y, después, confesé débilmente—.

Traté de valerme de ella para ascender, pero no me salió bien; esto es todo.

Von Zander alzó imperiosamente la mano.

—Está bien, está bien. Pero ahora tendrá que encontrar a alguien y, directamente, clavarlo en la pared. Ya ve si la cosa es sencilla. Nos jugamos demasiado en esta misión.

Saqué un cigarrillo de la cajetilla del bolsillo de mi camisa y aproveché el tiempo para hacer un repaso del personal del CIC.

—No será fácil —dije—. Arriba de todo, tenemos al jefe, su secretario, un oficial ejecutivo, un ayudante, un oficial administrativo y un jefe de oficinas. Todos ellos tan americanos como George M. Cohan. El destacamento de la oficina principal está compuesto por el comandante delegado, un administrativo, un oficial de personal y otro oficinista. Después, viene Coogan, como S-3, y yo, como su oficial ejecutivo, la secretaria de Coogan y, al mando del S-3, una docena de operadores; todos ellos son oficiales que dirigen pequeñas redes de agentes e informadores, dedicados a husmear y a meter entre rejas a cualquiera que huela a rojillo, incluidos los perros. Hay también un par de subtenientes que sirven de enlaces con el Registro Central de G-2, cinco soldados oficinistas, un especialista civil encargado del personal, un oficial de Asuntos Públicos, el jefe del Escuadrón Especial y su delegado, un técnico ayudante y un jefe del parque móvil. Esto es cuanto tenemos. Elija usted.

El hombre gordo movió la cabeza.

—Oh, no, capitán Kraft —masculló—. Es *usted* quien tiene que elegir. Usted es nuestro oficial del CIC del Ejército de los Estados Unidos.

—Necesitaré tiempo.

—Este asunto dura ya demasiado. Su tiempo se está agotando.

—Escuche, si nos precipitamos nos exponemos a perderlo todo. El menor tropiezo, el menor ramalazo de mala suerte, y los sabuesos del CIC olerán lo que pasa, descubri-

rán la filtración y detendrán al agente. Todo depende de que logremos que este agente siga operando. Necesitamos cirugía, no ruido.

Von Zander hizo caso omiso del dedo con que yo había puntuado mi pequeño discurso y desvió la conversación:

—¿Qué instrucciones le ha dado Coogan?

Mi cigarrillo sabía a ruibarbo quemado; lo apagué aplastándolo en un gran cenicero de pie que tenía a estribor.

—Coogan —respondí— me ha dicho que descubra la filtración y la tapone. Nada más.

—¿Le ha hecho usted alguna recomendación?

—Sólo una: que busquemos un ayudante fuera de la oficina. Como Coogan sospecha de todos y de cada uno, pensé que le gustaría la idea de un hombre nuevo e íntegro que hiciese el trabajo material. Y le ha gustado.

—¿Quién es el hombre nuevo? —preguntó Von Zander.

—No tengo aún la menor idea. En realidad, he de verme esta noche con el oficial de personal en la Clearing House. Le he dicho que estoy montando una nueva red y que necesito un oficial que trabaje como guerrillero al margen de nuestra oficina. Sabe de uno y lo traerá esta noche para que le eche un vistazo.

Von Zander vació su pipa y sopló por el tubo, fijos en la mesa sus ojos indiferentes.

—¿Y qué es lo que tiene que hacer ese hombre? —preguntó.

—Descubrir al chivo expiatorio que yo habré dispuesto. Siempre es mejor que sea un hombre nuevo y libre de influencias quien lo descubra. La cosa resulta más digna de crédito.

Von Zander echó su silla hacia atrás, disimuló un pequeño bostezo con la mano, se metió la pipa en el bolsillo del pecho de su chaqueta deportiva de *tweed*, y se levanta-

tó; parecía un boxeador con piernas de monaguillo. Se volvió, apretó un botón, y apareció una abertura en la pared del fondo, de donde partía un tramo de escalera metálica.

—Presumo que nuestra conversación ha terminado por ahora —dije, sarcásticamente.

Se detuvo antes de salir y me miró por encima del hombro.

—Si no logra un pronto resultado, capitán Kraft —murmuró—, nuestra conversación habrá terminado para siempre. Buenas noches.